

Introducción

La vida de Juan de Borbón y Battenberg está marcada por dos adjetivos: incompetencia y fracaso. Toda su vida está repleta de errores que marcaron su evolución política. Muchas veces por culpa de él y otras por dejarse aconsejar por personas incompetentes. Esto propició que la línea sucesoria saltara un peldaño y fuera su hijo, Juan Carlos de Borbón, el que asumiera el rol de rey de España.

Las oportunidades del momento marcaron su vida política. Desde que murió Alfonso XIII hizo lo imposible por conseguir el trono que éste abandonara en abril de 1931. Para ello sólo tenía que estar a bien con una persona: Francisco Franco. A pesar de los mucho que se ha explicado, su sumisión al Caudillo fue completa. Las excepciones se produjeron como consecuencia del asesor del momento. Si bien tenía que mantenerse firme y hacer creer que era contrario al régimen, la realidad es todo lo contrario.

Para empezar intentó aliarse a él durante la guerra civil. Se presentó como voluntario para combatir contra los republicanos. Quiso embarcarse en el crucero Baleares. Franco no aceptó su ofrecimiento. Era normal. Si se llegaba a restaurar la monarquía, el rey no podía ser una persona que hubiera participado en uno de los dos bandos. Tenía que ser neutral. Por eso impidió su participación. Ahora bien, Juan de Borbón, mal aconsejado, profería declaraciones a favor de Franco e, incluso llegaba a llamarlo como *el jefe*. Todo esto era perjudicial para él y para el pensamiento sucesorio ideado por Franco.

A pesar de esto, Franco siempre pensó en Juan de Borbón como pretendiente al trono de España. Ninguna otra opción entraba en los planes del primero. Ni Carlismo ni otras salidas le sucederían. Sólo Juan de Borbón. Por eso el 28 de diciembre de 1937 le escribió a Franco, desde Roma, ofreciéndose y expresándole su deseo de obedecer sus órdenes como el mejor medio de servir a España. Esta sumisión al Caudillo continuó en los primeros años de la posguerra hasta que entró como consejero de Juan de Borbón un personaje oscuro llamado Pedro Sainz Rodríguez. Es bajo los consejos de este que se impacienta y, ante el avance de los aliados durante la II Guerra Mundial, decide plantarle cara a Franco y publicar el manifiesto de Lausana. Posteriormente le reclamaría que le entregara la soberanía y en 1943 un ultimátum. Después vendría el manifiesto de Estoril. Juan de Borbón se volvió antifranquista. Al menos en apariencia. Pactó con los exiliados y fomentó conspiraciones para derrocar a Franco.

Un nuevo cambio, de acercamiento, se produjo al estallar la guerra fría. Franco cada vez es más fuerte y Juan de Borbón ve que si no se vuelve a acercar y rectifica sus anteriores comentarios, el trono se le esfumaba de las manos. Por eso decide entrevistarse con él, cederle a su hijo para que estudie en España, acepta los principios del Movimiento. Es demasiado tarde. Si en un principio Franco había pensado en él, sus vaivenes políticos lo habían descalificado como rey. Ahora había un sustituto llamado Juan Carlos de Borbón y el Caudillo se volcó en él.

Otro desliz en su conducta política fue enfrentarse a su hijo cuando este, en 1969, aceptó la sucesión a título de rey. Juan de Borbón estaba apartado del trono de facto y por ley. Le retiró la palabra a su hijo. Estuvo más de un año sin hablarle. Y el golpe de gracia lo dio una vez muerto Franco, cuando intentó un pronunciamiento en París contra su hijo. Por suerte esa vez le hizo caso a uno de sus consejeros y desistió.

El fracaso político de Juan de Borbón estuvo marcado por una vida libidinosa. A parte de sus amantes y sus juergas en el casino de Estoril, se acercó a la masonería, al republicanismo, e hizo de su exilio y su rango un *modus vivendi* que lo beneficiaron económicamente. Voluble y

oportunista, Juan de Borbón se nos presenta, a los quince años de su muerte, como un personaje muy diferente al que nos han querido vender algunos historiadores y la prensa. Juan de Borbón nunca fue demócrata, sino que se valió de unos presuntos derechos dinásticos para su propio beneficio. Esto es, su deseo de reinar. Para conseguirlo no dudó en acercarse a personas cualificadas como peligrosas y a cambiar reiteradamente de programas y estrategias.

Juan de Borbón no estaba preparado para ser rey y lo demostró con los años. Cuando sus dos hermanos renunciaron a sus derechos al trono de España estaba en Bombay. Allí recibió un telegrama de su padre que decía: *«Por renuncia de tus dos hermanos mayores, quedas tú como mi heredero. Cuento contigo para que cumplas con tu deber»*. El mismo llegó a comentar: *«Aquellas nuevas responsabilidades suponían abandonar mi gran vocación por la mar. Fue un momento para mí muy grave...Dudé durante ocho días. Por fin, por sentido del deber y de disciplina familiar, acepté»*. Esto demuestra su inaptitud para liderar unos derechos que el destino le puso en su camino.

A lo largo de estas páginas podrán leer la vida de este personaje que, por decreto de su hijo, fue enterrado con honores de rey, aunque nunca ostentó la corona de España, al que algunos han calificado de sátrapa, de voluble, de oportunista, y que otros han querido hacer creer que si en España actualmente existe una monarquía parlamentaria, es gracias a sus esfuerzos y a su tesón. La realidad, como veremos, es muy diferente y la monarquía reina en España gracias a otros y no por el papel que él jugó pues, con sus actuaciones, ilegitimó la institución.

César Alcalá

De Hauke a Borbón y Battemberg

Un bastardo llamado Hauke-Battenberg

El duque de Guanarteme, seudónimo de Ceferino Mínguez, en su obra *¿Adónde vamos? Genealogía histórica de Juan-Carlos de Borbón*¹, al hablar de Juan de Borbón y Battemberg escribe: «*Abúllico, superficial y voluble, heredó todos los defectos de la Casa de Borbón [...] le gustaban las fiestas de Baco y cierta judía -¡¡la herencia de Hauke!!-*».

¿Qué significa la herencia de Hauke? Para conocer la historia hemos de remontarnos a principios del siglo XIX. La historia se inicia con Luis II, Gran Duque de Hesse-Darmstadt. Este ducado fue un antiguo estado vasallo del Sacro Imperio Romano Germánico. Hoy forma parte de Alemania. El Gran Duque se casó con Guillermina de Baden. De los siete hijos que tuvo el matrimonio, los cuatro menores eran hijos del barón Augusto Sanarclens de Grancy. El barón era el chambelán de la Gran Duquesa. Para evitar cualquier murmullo y escándalo, el Gran Duque los reconoció como hijos suyos. Así Alejandro y María -que casaría con el zar Alejandro II- pasaron a ostentar el apellido Hesse-Darmstadt. Los otros dos fallecieron antes de poder ser reconocidos por su padrastro. Así pues, empezamos la historia con un bastardo real.

Nos interesa Alejandro de Hesse-Darmstadt. Este nació el 15 de julio de 1823. Al ser cuñado del zar Alejandro II hizo una prometedora carrera militar en el ejército ruso. Los honores y dignidades se convirtieron en tragedia cuando se enamoró de Julia von Hauke La Fontaine (1825-1895), la judía según el duque de Guanarteme. Esta señora era camarera de la hermana de Alejandro de Hesse-Darmstadt. Ni el Zar ni la Gran Duque estuvieron de acuerdo con el noviazgo. No eran de la misma clase social. Julia con Hauke era condesa por méritos conseguidos por su padre. Un militar del ejército ruso que había sido ennoblecido. La condesa de Hauke no podía casarse con el hijo del Gran Duque de Hesse-Darmstadt. Alejandro abandonó el ejército ruso y marchó a Inglaterra. El amor era más fuerte que el exilio y la humillación de casarse con una plebeya ennoblecida a condesa. Por eso regresó a Rusia, buscó a su amada y huyeron a Breslau (Polonia). Allí se casaron el 28 de octubre de 1851. Ya como matrimonio regresaron a Darmstadt. El hermanastro de Alejandro, el Gran Duque Luis III, para apaciguar los ánimos, la nombró condesa de Battemberg, con el tratamiento de Alteza Ilustrísima. Aún era poco y, en 1858 la elevó a Princesa de Battemberg con el tratamiento de Alteza Serenísima. Con lo cual tenemos a la camarera convertida en princesa, como en un cuento de hadas.

A pesar de todo esto, se siguió considerando el matrimonio morganático y quedaron fuera de la línea de sucesión del Gran Ducado de Hesse-Darmstadt. Además, los hijos que tuviera el matrimonio no podrían llevar el apellido Hesse-Darmstadt. A partir de 1858 se le conoció como Battemberg. Eso sí, fue considerada una rama de la Casa de Hesse. Según parece el matrimonio vivió feliz en su castillo de Heilinberg. Alejandro de Hesse-Darmstadt falleció el 15 de diciembre de 1888.

Alejandro y Julia von Hauke tuvieron cinco hijos: María (1852-1923) casada con el conde de Erbach-Schönberg; Luis (1854-1921) casado con la princesa Victoria de Hesse-Darmstadt; Alejandro (1857-1893) príncipe de Bulgaria; Enrique (1858-1896) casado con la princesa Beatriz de Inglaterra; y Francisco José (1861-1924) casado con la princesa Ana de Montenegro. Sobre Julia con Hauke escribe Juan Balansó:

¹Duque de Guanarteme: *¿Adónde vamos? Genealogía de Juan-Carlos de Borbón*. Ediciones Democracia. (Caracas, 1966).

«El 28 de octubre de 1851, veintiocho días después de su huida de San Petersburgo, el príncipe Alejandro de Hesse se casa en Breslau, territorio prusiano, sin la presencia de su familia ni sus amigos, con Julia Hauke, preñada [ya de cinco meses].

La pareja no tiene dónde ir y busca refugio en el país natal del novio, Hesse, donde ya reina su hermano mayor, Luis III. Como la etiqueta se superpone a cualquier afecto familiar, el gran duque tiene que declarar 'morganático' el matrimonio y la titulación, para denominarla de algún modo aceptable, 'condesa de Battenberg' (que era una casa de labor que tenían en una colina).

Se notifica oficialmente que los eventuales hijos de la pareja no tendrán derecho alguno a la sucesión de la corona de Hesse. Los Battenberg serán una rama desligada del linaje, a la que se ha otorgado distinto apelativo para evitar confusiones con los restantes miembros de su estirpe. El 'hijo del pecado' que está en camino nacerá en Estrasburgo, el 15 de febrero de 1852, cinco meses antes de que sea registrado con fecha simulada, en los anales civiles de la familia, pues ni el gran duque Luis III ni el propio padre de la criatura son partidarios de que, al escándalo que ha causado el matrimonio con la dama de honor, se una la razón que ha llevado, con prisa, a contraerlo.

El primer historiador que se percató del engaño fue el conde Egon Corti, que en su obra 'Unter Zaren und Gekronten Fragüen' (1933) lo dio a entender veladamente. La familia, lívida, hizo desaparecer la documentación referente al asunto, pero en 1976 Alain Giraud en la obra genealógica monumental 'L'Allemagne dynastique', publicaron la partida de nacimiento fechada correctamente en Estrasburgo y no cinco meses después en Suiza, como se había pretendido hacer creer. Finalmente el director del Archivo del Estado de Hesse confirmó la veracidad de los detalles al historiador británico Anthony Lambton, en 1989.

En 1858, para paliar los desplantes que recibían de las cortes reales, Alejandro suplicó a su hermano mayor que elevase a su esposa e hijos al rango de Altezas Serenísimas, aunque sus hijos continuasen sin derechos sucesorios a la Casa de Hesse. El truco del 'principado de Battenberg' sacado de la manga no sirvió de gran cosa y sus reales contemporáneos continuaron haciendo pasar a Julia por la puerta de servicio.

Doña María de la Nieves de Braganza, esposa del pretendiente carlista a la corona de España, don Alfonso Carlos de Borbón, escribía en una carta de lo más mordaz: 'Comimos anteayer en casa de Alejandro. La tienen tan linda y preciosamente arreglada que la nuestra parece una venta en comparación. Su mujer hace los honores de su casa como no lo haría mejor una verdadera princesa'.

Julia ambicionaba para sus hijos una posición que les librara del estigma de su origen morganático no cejó hasta que a su hijo Sandro lo sentaron -gracias a su parentesco con su tía María, ya emperatriz de Rusia- en el recién creado principado de Bulgaria. Sandro sólo lo ocupó siete años. Dicha corona fue 'recogida' por la familia Sajonia-Coburgo (Saxen-Coburg), que la tiene hasta la fecha, en la persona de Simeón, actual Presidente de dicha República.

Escarnecido y abandonado, el destituido Sandro acabó casándose con una cantante de ópera, Johanna Loisinger. 'Jamás consentiré el matrimonio', dijo la madre. La antigua dama de honor había terminado por creerse su propia caracterización de princesa.

Otro hijo de la Hauke, Luis, más despierto que su hermano, se casó con una sobrina no muy atractiva, Victoria de Hesse, y se enroló al servicio de Inglaterra, en cuya flota alcanzó el grado de almirante. Descendiente de esta pareja fue Lord Mountbatten, que el IRA hizo saltar por los aires en 1979. La única hija de Julia, María de Battenberg, fue casada con un noble alemán de escaso relieve, el conde de Erbach-Schönberg. En cuanto al benjamín de la familia, Francisco José, obsesionado por la idea de contraer alianza con una casa reinante, sólo

consiguió la mano de la princesa Ana Petrovic-Niegosh, cuyo padre criaba cabras en su corte de Montenegro.

Restaba un hijo, Enrique de Battenberg, el apuesto Liko, predilecto de su madre. No extrañó a nadie la noticia aparecida en los diarios de París en que se anunciaba que el joven Battenberg había requerido los servicios de madame Lacroix, una famosa alcahueta de la alta sociedad que concertaba matrimonios, mediante sustanciosa tarifa, entre arruinados aristócratas europeos y multimillonarias norteamericanas, las llamadas 'princesas del dólar'. A sus veintisiete años -uno más que Liko- la princesa Beatriz de Gran Bretaña, hija menor de la reina Victoria, se había convertido en la soltera de la familia y en una especie de ayuda de cámara de su madre, que no consentía en separarse de ella. Cuando Beatriz confesó a su madre que deseaba casarse con Enrique de Battenberg, la reina Victoria dejó de hablar a su hija durante siete meses. Luego capituló. Con una condición: Beatriz no iría a instalarse al país de su esposo, sino que Enrique aceptaría formar su hogar en Inglaterra y el matrimonio habitaría permanentemente junto a ella. Quedó estipulado que Liko pasaba a adquirir la nacionalidad británica. También se acordó que los hijos de la pareja ostentarían el tratamiento de Alteza.

El contrato prematrimonial fue draconiano. Pero Enrique de Battemberg, apellido que tras la guerra mundial fue trocado en la rama inglesa por el de Mountbatten, traducción del alemán, estaba dispuesto a cualquier cosa con tal de acceder a un linaje de prestigio, quizá olvidando que 'marido ennoblece a mujer, pero esposa no ennoblece hombre'.

Este enlace supuso un escándalo dentro de las familias reales europeas. Como muestra, tenemos la carta que el emperador de Alemania, Guillermo I, escribía al zar de Rusia pocas semanas antes de la boda de Beatriz y Enrique, celebrada el 23 de julio de 1885: 'Hemos quedado perplejos al recibir el telegrama de Victoria en que anuncia el compromiso de su hija menor con el tercero de los chicos Battenberg. ¡A tales extremos ha tenido que descender la reina de una antigua dinastía para conservar a su hija cerca de ella! Mi hijo Federico (casado con la hija mayor de la soberana inglesa) dice que se le hace insoportable la idea de tener a un Battenberg como cuñado'. La emperatriz añadía una posdata en que informaba de que Liko 'pasa por ser un hombre insignificante. No le conozco y no deseo mantener relaciones de esta clase'.

El matrimonio tuvo tres hijos, dos varones y una hembra, Ena, extraño nombre de la mitología celta, que contaba ocho años cuando falleció su padre. La desaparición de la reina Victoria, en 1901, significó un cambio radical en su vida. Los palacios reales eran ahora las residencias del nuevo rey, Eduardo VII, casado con Alejandra de Dinamarca. La princesa Beatriz -la madre de Ena- pasaba a ocupar el lugar protocolario que le correspondía: el último, como hija menor de la difunta reina, que antes había tenido cuatro hijos y otras cuatro hijas.

El nuevo rey, cortés pero firmemente, desalojó a su hermana menor del palacio de Osborne, en la isla de Wight, y lo convirtió en Escuela Naval. Su hija Victoria Eugenia ocupó, a su vez, el lugar postrero en el escalafón de la familia, como hija de la hermana menor del rey. En las recepciones oficiales veinte nietas de la reina Victoria pasaban antes que ella².

De los cinco hijos el que nos interesa es Enrique de Battemberg. Su Alteza Serenísima príncipe Enrique Mauricio de Battemberg hizo carrera militar en el ejército prusiano. El 23 de julio de 1884 se casó con la princesa Beatriz, hija de Victoria I de Hannover, reina de Inglaterra y del príncipe Alberto de Sajonia-Coburgo-Gotha. La reina Victoria I arregló el asunto para que Enrique, que era de inferior rango que su hija, pudiera casarse. El día de su boda le concedió el tratamiento de Alteza Real. Dejó su país natal y marchó a Inglaterra. Se nacionalizó y entró en el Ejército británico con el grado de coronel. Además fue nombrado Capitán General y Gobernador

²BALANSÓ, Juan: *Por razón de estado: las bodas reales en España*. Plaza & Janés SA. (Barcelona, 2002).

del castillo de Carisbrooke y de la isla de Wight. En 1895 pidió permiso a la reina para luchar en la guerra Ashanti, en África. Contrajo la malaria y murió en 1896 de regreso a Inglaterra.